

buena, y otro tanto hicieron ellos por ser hallados; que tenían temor de sí por estar solos y no bien proveídos, y que la flota no fuese perdida ó adelante pasada; y sin duda no se hubieran podido sufrir allí de hambre tanto tiempo, sino fuera por una lebrela; mas como ella los proveía, y era por allí la derrota y camino de la armada, esperaron el capitán, y aun con harto miedo no le hubiese acontecido alguna como á Grijalba ó á Francisco Hernández de Córdoba. Como surgieron todos allí donde aquel navío estaba, y se holgaron unos con otros, como era razón, preguntados de qué tenían por las jarcias tantos pellejos de liebres y conejos y de venados, dijeron cómo luego que allí llegaron vieran andar por la costa un perro ladrando y escarbando de cara al navío, y que el capitán y otros salieron en tierra y hallaron una lebrela de buen talle que se vino para ellos. Halagólos con la cola saltando de uno en otro con las manos, y luego fuése al monte que estaba cerca, y dende á poco volvió cargada de liebres y conejos. El otro día de adelante hizo lo mismo, y así conocieron que había mucha caza por aquella tierra, y comenzaron á irse tras ella con no sé cuántas ballestas que venían en el navío, y diéronse tan buena diligencia á cazar, que no solamente se habían mantenido de carne fresca los días que allí habían estado, aunque era cuaresma, pero que se habían también bastecido de cecina de venados y conejos para largos días, y en memoria de aquello pegaban por la jarcia las pellejas de los conejos y liebres, y tendían al sol los cueros de los ciervos para secarlos. No supieron si la lebrela fué de Córdoba ó de Grijalba.

Combate y toma de Potonchán

No se detuvo allí la flota; antes se partió luego, y muy alegres todos en haber hallado los que tenían por perdidos,

y sin parar, fueron hasta el río de Grijalba, que en aquella lengua se dice Tabasco. No entraron dentro, porque pareció ser la barra muy baja para los navíos mayores; y así, echaron áncoras á la boca. Acudieron luego á mirar los navíos y gente muchos indios, y algunos con armas y plumajes, que á lo que desde la mar parecía, eran hombres lucidos y de buen parecer, y no se maravillaban casi de ver nuestra gente y velas, por haberlas visto al tiempo que Juan de Grijalba entró por aquel mismo río. Á Cortés le pareció bien la manera de aquella gente y el asiento de la tierra, y dejando buena guarda en los navíos grandes, metió la demás gente española en los bergantines y bates que venían por popa de las naos, y ciertas piezas de artillería, y entróse con ello el río arriba contra la corriente, que era muy grande. Á poco más de media legua que subían por él, vieron un gran pueblo con las casas de adobes y los tejados de paja, el cual estaba cercado de madera con bien gruesa pared y almenas, y troneras para flechar y tirar piedras y varas. Antes un poco que los nuestros llegasen al lugar, salieron á ellos muchos barquillos, que allí llaman *tahucup*, llenos de hombres armados, mostrándose muy feroces y ganosos de pelear. Cortés se adelantó haciendo señas de paz, y les habló por Jerónimo de Aguilar, rogándoles los recibiesen bien, pues no venían á hacerles mal, sino á tomar agua dulce y á compra de comer, como hombres que andando por la mar, tenían necesidad de ello; por tanto que se lo diesen, que ellos se lo pagarían muy cortésmente. Los de las barquillas dijeron que irían con aquel mensaje al pueblo y les traerían respuesta y comida. Fueron, tornaron luego y trajeron en cinco ó seis barquillos, pan, fruta y ocho gallipavos, y diéronselo todo dado. Cortés les mandó decir que aquella era muy poca provisión para la necesidad grande que traían y para tantas personas como venían en aquellos grandes bajeles, que ellos aún no habían visto, por estar cerrados, y que les rogaba mucho le trajesen harto, ó le consintiesen entrar

en el pueblo á abastecerse. Los indios pidieron aquella noche de término para hacer lo uno ó lo otro de aquello que les rogaba, y con esto se fueron al lugar, y Cortés á una islica que el río hace, á esperar la respuesta para otro día de mañana. Cada uno de ellos pensó de engañar al otro; porque los indios tomaron aquel plazo para tener espacio de alzar aquella noche su ropilla, y poner en cobro sus hijos y mujeres por los montes y espesuras, y llamar gente á la defensa del pueblo; y Cortés mandó salir luego á la isleta todos los escopeteros y ballesteros, y otros muchos españoles que aún se estaban en los navíos, é hizo ir el río arriba á buscar vado. Entrambas cosas se hicieron aquella noche, sin que los contrarios, ocupados en solo sus cosas, las sintiesen; porque todos los de las naos se vinieron á do Cortés estaba, y los que fueron á buscar vado anduvieron tanto la ribera arriba tentando las corrientes, que á menos de media legua hallaron por do pasar, aunque hasta la cinta, y aun también hallaron tanta espesura y tan cubiertos los montes por una y otra ribera, que pudieron llegar hasta el lugar sin ser sentidos ni vistos. Con estas nuevas señaló Cortés dos capitanes con cada ciento cincuenta españoles, que fueron Alonso de Ávila y Pedro de Alvarado, y envió esa misma noche con guía á meterse en aquellos bosques que estaban entre el río y el lugar, por dos efectos: uno, porque los indios viesen que no había más gente en la isleta que el día antes; y otro, para que oyendo la señal que concertó, diesen en el lugar por la otra parte de tierra. Como fué de día, luego vinieron con el sol hasta ocho barcas de indios armados más que primero, á do los nuestros estaban. Trajeron alguna poca comida, y dijeron que no podían haber más, como los vecinos del pueblo habían echado á huir, de miedo de ellos y de sus disformes navíos; por tanto, que les rogaban mucho tomasen aquello y se tornasen á la mar, y no curasen de desasosegar la gente de la tierra ni alborotarla más. Á esto respondió la lengua, diciendo que era inhumanidad dejar-

los perecer de hambre, y que si le escuchasen la razón por qué habían venido allí, que verían cuánto bien y provecho se les seguiría de ello. Replicaron los indios que no querían consejo de gente que no conocían, ni menos acogerlos en sus casas, porque les parecían hombres terribles y mandones, y que si agua querían, que la cogiesen del río ó hiciesen pozos en tierra; que así hacían ellos cuando menester la tenían. Entonces Cortés, viendo que eran por demás palabras, dijoles que en ninguna manera él podía dejar de entrar en el lugar y ver aquella tierra, para tomar y dar relación de ella al mayor señor del mundo, que allí le enviaba; por eso, que lo tuviesen por bueno, pues él lo deseaba hacer por bien, y si no, que se encomendaría á su Dios y á sus manos y á las de sus compañeros. Los indios no decían más de que se fuesen, y no curasen de bravear en tierra ajena, porque en ninguna manera le consentirían salir á ella ni entrar en su pueblo; antes le avisaban que si luego no se iba de allí, que le matarían á él y cuantos con él iban. No quiso Cortés no hacer con aquellos bárbaros todo cumplimiento, según razón, y conforme á lo que los reyes de Castilla mandan en sus instrucciones, que es requerir una y dos y muchas veces con la paz á los indios antes de hacerles guerra ni entrar por fuerza en sus tierras y lugares; y así, les tornó á requerir con la paz y buena amistad, prometiéndoles buen tratamiento y libertad, y ofreciéndoles la noticia de cosas tan provechosas para sus cuerpos y almas, que se tenían por bienaventurados después de sabidas, y que si todavía porfiaban en no acogerle ni admitirle, que los apercibía y emplazaba para la tarde antes del sol puesto, porque pensaba, con ayuda de su Dios, dormir en el pueblo aquella noche, á pesar y daño de los moradores, que rehusaban su buena amistad y conversación y la paz. De esto se rieron mucho, y mofando se fueron al lugar á contar las soberbias y locuras que les parecía haber oído. En yéndose los indios, comieron los españoles, y dende á poco se armaron

y se metieron en las barcas y bergantines, y aguardaron así á ver si los indios tornaban con alguna buena respuesta; pero como declinaba ya el sol y no venían, avisó Cortés á los españoles, que estaban puestos en celada, y él embrazó su rodela; y llamando á Dios y á Santiago y á San Pedro, su abogado, arremetió al lugar con los españoles que allí estaban, que serían obra de doscientos, y en llegando á la cerca que tocaba en agua, y los bergantines en tierra, soltaron los tiros y saltaron al agua hasta el muslo todos, y comenzaron á combatir la cerca y baluartes, y á pelear con los enemigos, que había rato que les tiraban saetas y varas y piedras con hondas y á manos, y que entonces, viendo cabe sí los enemigos, peleaban reciamente de las almenas á lanzadas, y flechando muy á menudo por las saeteras y traviesas del muro, en que hirieron cuasi veinte españoles; y aunque el humo y fuego y trueno de los tiros los espantó, embarazó y derribó en el suelo, de temor en oír y ver cosa tan temerosa y por ellos jamás vista, no desampararon la cerca ni la defensa sino los muertos; antes resistían gentilmente la fuerza y golpes de sus contrarios, y no les dejaban por allí entrar si por detrás no fueran salteados. Mas como los trescientos españoles oyeron la artillería allá do estaban emboscados, que era la señal para acometer ellos también, arremetieron al pueblo; y como toda la gente dél estaba intenta y embebecida peleando con los que tenían delante, y les querían entrar por el río, halláronlo solo y sin resistencia por aquella parte que ellos habían de entrar, y entraron con grandes voces, hiriendo al que topaban. Entonces los del lugar conocieron su descuido, y quisieron socorrer aquel peligro; y así, aflojaron por do Cortés estaba peleando. Con esto pudo entrar por allí él y los que á par de él combatían, sin otro peligro ni contradicción; y así, unos por una parte y los otros por otra, llegaron á un tiempo á la plaza, yendo siempre peleando con los vecinos, de los cuales no quedó ninguno en el pueblo, sino los muertos y presos; que los

otros desamparáronlo, y fuéronse á meter al monte que cerca estaba, con las mujeres, que ya estaban allá. Los españoles escudriñaron las casas, y no hallaron sino maíz y gallipavos y algunas cosas de algodón, y poco rastro de oro, ca no estaban dentro más de cuatrocientos hombres de guerra á defender el lugar. Derramóse mucha sangre de indios en la toma de este lugar, por pelear desnudos; heridos fueron muchos, y cautivos quedaron pocos; no se contaron los muertos. Cortés se aposentó en el templo de los ídolos con todos los españoles, y cupieron muy á placer, porque tiene un patio y unas salas muy buenas y grandes. Durmieron allí aquella noche á buena guarda, como en casa de enemigos; mas los indios no osaron nada. De esta manera se tomó Potonchán, que fué la primera ciudad que Fernando Cortés ganó por fuerza en lo que descubrió y conquistó.

Demandas y respuestas entre Cortés y los potonchanos

Otro día de mañana hizo Cortés venir ante sí los indios heridos y presos, y mandóles por su faraute ir á donde estaba el señor con los demás vecinos del lugar, á decirles que del daño hecho, ellos se tenían la culpa, y no los cristianos, que les habían rogado con la paz tantas veces; y que si querían volverse á sus casas y pueblo, que lo podían hacer seguramente; que él les prometía por su Dios que no les sería hecho el menor enojo de esta vida, sino todo placer y buen tratamiento; y al señor, que si no se confiaba de la palabra y fe que le daba, que le daría rehenes; porque deseaba mucho hablarle y conocerle, é informarse de él de algunas cosas que le cumplieran mucho saber, y aun darle noticia de otras con que muy mucho se holgase y aprovechase; y que si no quería venir, que supiese por cierto que él lo iría á buscar,

y á proveerse de bastimentos por sus dineros. Despidiólos con esto, y enviólos contentos y libres, que ellos no pensaban. Los indios fueron bien alegres, y dijeron á los otros sus vecinos lo que les fué mandado. Pero no vino hombre de ellos; antes se juntaron para dar en los nuestros de sobresalto, creyendo tomarlos descuidados y encerrados, do les pudiesen pegar fuego, si de otra manera no pudiesen vengarse. Envió también sin estos indios á ciertos españoles por tres caminos que parecían, y que todos iban á dar, según después pareció, á las labranzas y maizales del pueblo; y así, los llevó el camino donde estaban muchos indios; con los cuales escaramuzaron, por traer alguno al capitán que lo examinase en el lugar, y ellos dijeron cómo todos los de aquella tierra y sus comarcas se andaban llegando para pelear con todo su poder y fuerzas, y dar batalla á aquellos pocos hombres forasteros, y matarlos y comérselos, como á enemigos y salteadores. Dijeron más, que tenían concertado entre sí que si fuesen vencidos á mala dicha suya, de servir en adelante como esclavos á señores. Cortés los envió libres como á los otros, y á decir á la junta y capitanes que no se pusiesen en aquello, que era locura, y por demás vencer ni matar aquellos pocos hombres que allí veían; y que si no peleaban y dejaban las armas, él les prometía tenerlos y tratarlos como á hermanos y buenos amigos; y si perseveraban en la enemiga y guerra, que él los castigaría de tal manera, que dende en adelante jamás tomasen armas para semejante gente que él y los sus españoles. Con lo que estos mensajeros dijeron allá, ó por espiar algo, vinieron luego otro día veinte personas de autoridad y principales entre los suyos, al pueblo. Tocarón la tierra con los dedos, y alzárónlos al cielo, que es salva y reverencia que acostumbran hacer; y dijeron al capitán Cortés que el señor de aquel pueblo y otros señores vecinos y amigos suyos le enviaban á rogar que no quemase el lugar, y que le traerían mantenimientos. Cortés les dijo que no eran hombres los suyos que se

enojaban con las paredes, ni aun tampoco con los otros hombres, sino con muy grande y justa razón; ni eran allí venidos para hacer mal, sino para hacer bien; y que si su señor viniese, conocería presto cuánta verdad le decía en todo aquello, y cuán en breve él y todos los suyos sabrían grandes misterios y secretos de cosas jamás llegadas á su noticia; con que mucho se holgasen. Con esto se volvieron aquellos veinte embajadores ó espías, diciendo que tornarían con la respuesta; y así lo hicieron; porque á otro día trujeron algunas vituallas, y excusáronse que no traían más á causa de estar la gente derramada y emboscada de temor; por las cuales no quisieron paga, sino ciertos cascabeles y otras bujerías así. Dijeron asimismo que su señor en ninguna manera venía, porque se había ido, de miedo y vergüenza, á un lugar fuerte y lejos de allí; mas que enviaría personas de crédito y confianza con quien pudiese comunicar lo que quisiese; y que en cuanto á las cosas de comer, que él enviase enhorabuena á buscarlas y comprar. Cortés holgó mucho con esta respuesta, por tener ocasión y justa causa de entrar por la tierra y saber el secreto de ella. Despidiólos pues, y avisólos que otro día iría con su gente por bastimentos para su ejército; por eso, que lo publicasen entre los naturales, para que tuviesen todo recaudo de comida, pues habían de ser bien pagados. Lo uno y lo otro era cautela; porque Cortés no lo hacía tanto por el comer cuanto por descubrir oro, que hasta allí había visto poco; y los indios andaban temporizando, hasta haberse juntado todos con muchas armas. Luego otro día por la mañana ordenó Cortés tres compañías, de á ochenta españoles cada una, y dióles por capitanes á Pedro de Alvarado, Alonso de Ávila y Gonzalo de Sandoval, y algunos indios de Cuba para servicio y carga, si hallasen maíz ó aves que traer. Enviólos por diferentes caminos, y mandó que no tomasen nada sin pagar ni por fuerza, y que no pasasen adelante de legua y media, ó cuando mucho, dos, porque con tiempo pudiesen tornarse

al pueblo á dormir; y él quedóse con los otros españoles á guardar el lugar y la artillería. El un capitán de aquellos acertó á ir con su bandera á una aldea do estaban infinitos tabascanos en armas, guardando sus maizales. Rogóles que le diesen ó trocasen á cosas de rescate, de aquel maíz. Ellos dijeron que no querían; que para sí se lo habían menester. Sobre esto echaron mano á las armas los unos y los otros, y comenzaron una brava cuestión; pero como los indios eran muchos más que los españoles, y descargaban en ellos innumerables saetas, con que malamente los herían, retrajéronlos á una casa. Allí se defendieron los nuestros muy bien, aunque con manifiesto temor y peligro de fuego. Y cierto perecieran allí todos ó los más, si los otros caminos por do echaron las otras dos compañías, no respondieran allí á aquellas rozas y labranzas. Pero plugo á Dios que llegaron casi á una los otros dos capitanes á la misma aldea, al mayor hervor y grita que los indios tenían en combatir la casa donde estaban cercados los ochenta españoles, y con su venida dejaron los indios el combate, y arremolináronse á una parte; y así los cercados salieron, y se juntaron con los otros españoles, y echaron hacia el lugar, escaramuzando todavía con los enemigos, que los venían flechando. Cortés iba ya con cien compañeros y con la artillería á socorrerlos, porque dos indios de Cuba vinieron á decirle el peligro en que quedaban aquellos ochenta españoles. Topólos á una milla del pueblo, y porque aún venían los enemigos, dañando en los traseros, hízoles tirar dos falconetes, con que se quedaron y no pasaron de allí, y él se metió con todos los suyos en el pueblo. Murieron en este día algunos indios, y fueron heridos muchos españoles malamente.

La batalla de Cintla

No se durmió aquella noche Cortés; antes hizo llevar á las naos todos los heridos y ropa y otros embarazos, y sacar los que guardaban la flota, y trece caballos; lo cual se hizo antes que amaneciese, mas no sin lo sentir los tabascanos. Cuando el sol salió, ya había oído misa, y tenía en el campo cerca de quinientos españoles, trece caballos y seis tiros de fuego. Estos caballos fueron los primeros que entraron en aquella tierra que ahora llaman Nueva-España. Ordenó la gente, puso en concierto la artillería, y caminó hacia Cintla, donde el día antes fué la riña, creyendo que allí hallaría los indios. Ya también ellos, cuando los nuestros llegaron, comenzaban á entrar en camino muy en ordenanza, y venían en cinco escuadrones de ocho mil cada uno; y como donde se toparon era barbechos y tierra labrada, y entre muchas acequias y ríos hondos y malos de pasar, embarazáronse los nuestros y desordenáronse; y Fernando Cortés se fué con los de caballo á buscar mejor paso sobre la mano izquierda, y á encubrirse con unos árboles, y dar por allí, como de emboscada, en los enemigos por las espaldas ó lado. Los de pie siguieron su camino derecho, pasando á cada paso acequias, y escudándose, que los contrarios les tiraban; y así, entraron en unas grandes rozas labradas y de mucha agua, donde los indios, como hombres que sabían los pasos, que estaban diestros y sueltos en saltar las acequias, llegaban á flechar, y aun á tirar varas y piedras con honda. De manera que, aunque los nuestros hacían daño en ellos y mataban algunos con ballestas y escopetas y con la artillería, cuando podía jugar, no los podían desechar de sobre sí, porque tenían amparo en árbolles y valladares, y si de industria los de

Potonchán esperaron en aquel mal lugar, como es de creer, no eran bárbaros ni mal entendidos en guerra. Salieron pues de aquel mal paso, y entraron en otro algo mejor, porque era espacioso y llano y con menos ríos, y allí aprovecharonse más de las armas de tiro, que daban siempre en lleno, y de las espadas, que llegaban á pelear cuerpo á cuerpo. Pero como eran infinitos los indios, cargaron tanto sobre ellos, que los arremolinaron en tan poco estrecho de tierra, que les fué forzado, para defenderse, pelear vueltas las espaldas unos á otros, y aun así, estaban en muy grande aprieto y peligro, porque ni tenían lugar de tirar su artillería, ni gente de caballo que les apartase los enemigos. Estando pues así caidos y para huir, apareció Francisco Morla en un caballo rucio picado, que arremetió á los indios é hizoles arredrar algún tanto. Entonces los españoles, pensando que era Cortés, y con tener espacio, arremetieron á los enemigos, y mataron algunos de ellos. Con esto el de caballo no pareció más, y con su ausencia volvieron los indios sobre los españoles, y pusieronlos en el estrecho que antes. Tornó luego el de caballo, púsose cabe los nuestros, corrió á los enemigos é hizoles dar espacio. Entonces ellos, sintiendo favor de hombre á caballo, van con impetu á los indios, y matan y hieren muchos de ellos; pero al mejor tiempo los dejó el caballero, y no le pudieron ver. Como los indios no vieron tampoco al de caballo, de cuyo miedo y espanto huían, pensando que era centauro, revuelven sobre los cristianos con gentil denuedo, y trátanlos peor que antes. Tornó entonces el de caballo tercera vez, é hizo huir á los indios con daño y miedo, y los peones arremetieron asimismo, hiriendo y matando. Á esta sazón llegó Cortés con los otros compañeros á caballo, harto de rodear, y de pasar arroyos y montes, que no había otra por todo aquello. Dijéronle lo que habían visto hacer á uno de caballo, y preguntaron si era de su compañía, y como dijo que no, porque ninguno de ellos había podido venir antes, creyeron

que era el apóstol Santiago, patrón de España. Entonces dijo Cortés: «Adelante, compañeros, que Dios es con nosotros y el glorioso san Pedro.» Y en diciendo esto, arremetió á más correr con los de caballo por medio de los enemigos, y lanzólos fuera de las acequias, á parte que muy á su talante los pudo alancear, y alanceando, desbaratar. Los indios dejaron luego el campo raso, y se metieron por los bosques y espesuras, no parando hombre con hombre. Acudieron luego los de pie, y siguieron el alcance; en el cual mataron bien más de trescientos indios, sin otros muchos que hirieron de escopeta y de ballesta. Quedaron heridos en este día más de setenta españoles de flechas y aun de pedradas. Con el trabajo de la batalla, ó con el gran calor y excesivo que allí hace, ó por las aguas que bebieron nuestros españoles por aquellos arroyos y balsas, les dió un dolor súbito de lomos, que cayeron en tierra más de ciento de ellos, á los cuales fué menester llevar á cuestras ó arrimados; pero quiso Dios que se les quitó del todo aquella noche, y á la mañana ya estaban todos buenos. No pocas gracias dieron nuestros españoles cuando se vieron libres de las flechas y muchedumbre de indios, con quien habían peleado, á nuestro Señor, que milagrosamente los quiso librar; y todos dijeron que vieron por tres veces al del caballo rucio picado pelear en su favor contra los indios, según arriba queda dicho; y que era Santiago, nuestro patrón. Fernando Cortés más queria que fuese san Pedro, su especial abogado; pero cualquiera que de ellos fué, se tuvo á milagro, como de veras pareció; porque no solamente lo vieron los españoles, mas aun también los indios lo notaron por el estrago que en ellos hacía cada vez que arremetía á su escuadrón, y porque les parecía que los cegaba y entorpecía. De los prisioneros que se tomaron se supo esto.

Tabasco se da por amigo de cristianos

Cortés soltó algunos, y envió á decir con ellos al señor y á todos los otros, que le pesaba del daño hecho á entrambas partes por culpa y dureza suya de ellos; que de su inocencia y comedimiento Dios le era buen testigo. Mas no obstante todo esto, él los perdonaba de su error si venían luego ó dentro de dos días á dar justo descargo y satisfacción de su malicia, y á tratar con él paz y amistad, y los otros misterios que le quería declarar; apercibiéndolos que si dentro de aquel plazo no viniesen, de entrar por su tierra dentro, destruyéndola, quemándola, talando y matando cuántos hombres topase, chicos y grandes, armados y sin armas. Despachados aquellos hombres con este mensaje, se fué con todos sus españoles al pueblo á descansar y á curar todos los heridos. Los mensajeros hicieron bien su ofició; y así, otro día vinieron más de cincuenta indios honrados á pedir perdón de lo pasado, licencia para enterrar los muertos y salvoconducto para venir los señores y personas principales al pueblo seguramente. Cortés les concedió lo que pedían; y les dijo que no le engañasen ni mintiesen más, ni hiciesen otra junta, que sería para mayor mal suyo y de la tierra; y que si el señor del lugar y los otros sus amigos y vecinos no viniesen en persona, que no los oiría más por terceros. Con tan bravo y riguroso mandamiento y protesto como este y el pasado, fueron, ó por sentirse de flacas fuerzas y de armas desiguales para pelear ni resistir aquellos pocos españoles, que tenían por invencibles, acordaron los señores y personas más principales de ir á ver y hablar á aquella gente y á su capitán. Así que, pasado el término que llevaron, vino á Cortés el señor de aquel pueblo y otros cuatro ó cinco, sus comarcanos, con buena compañía de indios, y le tru-

ieron pan, gallipavos, frutas y cosas así de bastimento para el real, y hasta cuatrocientos pesos de oro en joyuelas, y ciertas piedras turquesas de poco valor, y hasta veinte mujeres de sus esclavas para que les cociesen pan y guisasen de comer al ejército; con las cuales pensaban hacerle gran servicio, como los veían sin mujeres, y porque cada día es menester moler y cocer el pan de maíz, en que se ocupan mucho tiempo las mujeres. Demandaron perdón de todo lo pasado. Rogaron que los recibiese por amigos, y entregáronse en su poder y de los españoles, ofreciéndoles la tierra, la hacienda y las personas. Cortés los recibió y trató muy bien, y les dió cosas de rescate, con que se holgaron mucho, y repartió aquellas veinte mujeres esclavas entre los españoles por camaradas. Relinchaban los caballos y yeguas que tenían atados en el patio del templo, do pasaban, á unos árboles que había. Preguntaron los indios qué decían. Respondiéronles que reñían porque no los castigaban por haber peleado. Ellos entonces dábanles rosas y gallipavos que comiesen, rogándoles que los perdonasen.

Preguntas que Cortés hizo á Tabasco

Muchas cosas pasaron entre los nuestros y estos indios, que como no se entendían, eran mucho para reir. Y luego que conversaron y vieron que no les hacían mal, trajeron al lugar sus hijos y mujeres; que no fué así chiquito número, ni más aseado que de gitanos. Entre lo que Fernando Cortés trató y platicó con Tabasco por lengua y medio de Jerónimo de Aguilar, fueron cinco cosas. La primera, si había minas en aquella tierra de oro ó plata, y cómo tenían y de dónde aquello poco que traían. La segunda, qué fué la causa porque á él le negaron su amistad, y no al otro capitán que vino allí el año antes con armada. La ter-

cera, por qué razón, siendo ellos tantos, huían de tan poquitos. La cuarta, para darles á entender la grandeza y poderío del Emperador y rey de Castilla. Y la otra fué una predicación y declaración de la fe de Cristo. Cuanto á lo del oro y riquezas de la tierra, le respondió que ellos no curaban mucho de vivir ricos, sino contentos y á placer; y que por eso no sabía decir qué cosa era mina, ni buscaban oro más de lo que se hallaban, y que aquello era poco; pero que en la tierra más adentro, y hacia donde el sol se cubría, se hallaba mucho de ello; y los de allá se daban más á ello que no ellos. Á lo del capitán pasado, dijo que como eran aquellos hombres que traía, y los navíos, los primeros que de aquel talle y forma habían aportado á su tierra, que les habló y preguntó qué querían; y como le dijeron que trocar oro, y no más, que lo hicieron de grado; empero que ahora viendo más y mayores naos, que pensó que tornaban á le tomar lo que les quedaba, y aun también porque estaba afrentado de que nadie le hubiese burlado así; lo que no habían hecho á otros menores señores que él. En lo demás que tocaba á la guerra, dijo que ellos se tenían por esforzados, y para con los de cabe su tierra valientes, porque nadie les llevaba su ropa por fuerza, ni las mujeres, ni aun los hijos para sacrificar; y que así pensó de aquellos pocos extranjeros; pero que se había hallado engañado en su corazón después que se habían probado con ellos, pues ninguno pudieron matar. Y que los cegaba el resplandor de las espadas, cuyo golpe y herida era grande y mortal y sin cura; y que el estruendo y fuego de la artillería los asombraba más que los truenos y relámpagos ni que los rayos del cielo, por el destrozo y muertes que hacía donde daba; y que los caballos les pusieron grande admiración y miedo, así con la boca, que parecía que los iba á tragar, como con la presteza que los alcanzaba, siendo ellos ligeros y corredores; y que como era animal que nunca ellos vieron, les había puesto grandísimo temor el primero que con ellos peleó, aunque no

era sino uno; y como dende á poco rato eran muchos, no pudieron sufrir el espanto ni la fuerza ni furia de su correr, y pensábamos que hombre y caballo todo era uno.

Cómo los de Potonchán quebraron sus ídolos y adoraron
la cruz

Con esta relación vió Cortés que no era tierra aquella para españoles, ni le cumplía asentar allí, no habiendo oro ni plata ni otra riqueza; y así, propuso de pasar adelante para descubrir mejor dónde era aquella tierra hacia poniente que tenía oro. Pero primero les dijo cómo el señor en cuyo nombre iban él y aquellos sus compañeros, era rey de España, emperador de cristianos, y el mayor príncipe del mundo, á quien más reinos y provincias servían y obedecían, que á otro vasallos, y cuyo mando y gobernación de justicia era de Dios, justo, santo, pacífico, suave, y á quien le pertenecía la monarquía del universo; por lo cual ellos debían darse por sus vasallos y conocidos; y que si lo hacían así, se les seguirían muchos y muy grandes provechos de leyes y policía y en costumbres. Y en cuanto á lo que tocaba á la religión, les dijo la ceguedad y vanidad grandísima que tenían en adorar muchos dioses, en hacerles sacrificios de sangre humana, en pensar que aquellas estatuas les hacían el bien ó mal que les venía, siendo mudas, sin ánima, y hechura de sus mismas manos. Dióles á entender un Dios, criador del cielo y de la tierra y de los hombres, que los cristianos adoraban y servían, y que todos lo debían adorar y servir. En fin, tanto les predicó, que quebraron sus ídolos y recibieron la cruz, habiéndoles declarado primero los grandes misterios que en ella hizo y pasó el Hijo del mismo Dios.

Y así, con gran devoción y concurso de indios, y con muchas lágrimas de españoles, se puso una cruz en el

templo mayor de Potonchán, y de rodillas la besaron y adoraron los nuestros primero, y tras ellos los indios. Despidiólos así, y fuéronse todos á comer. Rogóles Cortés que viniesen de allí á dos días á ver la fiesta de ramos. Ellos, como hombres religiosos y que podían venir seguramente, no sólo vinieron los vecinos, mas aun los comarcanos del lugar, en tanta multitud, que puso admiración de donde tan presto se pudo juntar allí tanto millar de millares de hombres y mujeres, los cuales todos juntos dieron la obediencia y vasallaje al rey de España en manos de Fernando Cortés, y se declararon por amigos de españoles; y éstos fueron los primeros vasallos que el Emperador tuvo en la Nueva-España. Luego que fué hora el domingo, mandó Cortés cortar muy muchos ramos y ponerlos en un rimero, como en mesa, mas en el campo, por la mucha gente, y decir el oficio con los mejores ornamentos que había, al cual se hallaron los indios, y estuvieron atentos á las ceremonias y pompa con que se anduvo la procesión, y se celebró la misa y fiesta; con que los indios quedaron contentos, y los nuestros se embarcaron con los ramos en las manos. No menor alabanza mereció en esto Cortés que en la victoria, porque en todo se hubo cuerda y esforzadamente. Dejó aquellos indios á su devoción, y al pueblo libre y sin daño. No tomó esclavos ni saqueó, ni tampoco rescató, aunque estuvo allí más de veinte días. Al pueblo llaman los vecinos Potonchán, que quiere decir lugar que hiede, y los nuestros la Victoria. El señor se decía Tabasco, y por eso le pusieron nombre los primeros españoles al río, el río de Tabasco; y Juan de Grijalba le nombró como á sí, que no se perderá su apellido ni memoria con esto tan aína; y así habían de hacer los que descubren y pueblan, perpetuar sus nombres. Es gran pueblo, mas no tiene veinticinco mil casas, como algunos dicen; aunque, como cada casa está por sí como isla, parece más de lo que es. Son las casas grandes, buenas, de cal y ladrillo ó piedra; otras hay de adobes y palos, mas la cu-

bierta es paja ó plancha. La vivienda en alto, por la niebla y humedad del río. Por el fuego tienen apartadas las casas. Mejores edificios tienen fuera que dentro del lugar, para su recreación. Son morenos, andan casi desnudos, y comen carne humana de la sacrificada. Las armas que tienen son arco, flecha, honda, vara, lanza. Las otras con que se defienden son rodelas, cascos y unos como escarcelones: todo esto de palo ó corteza, y alguno de oro, pero muy delgado. Traen también cierta manera de corazas, que son unos listones estofados de algodón, revueltos á lo hueco del cuerpo.

Del río de Alvarado, que los indios llaman Papaloapán

Después que salió Cortés de Potonchán, entró en un río que llaman de Alvarado, por haber entrado primero que todos en él aquel capitán. Mas los que moran en sus riberas le dicen Papaloapán y nace en Aticpán, cerca de la sierra de Culhuacán. La fuente mana al pie de unos serrajones. Tiene encima un hermoso peñol redondo, ahusado, y alto cien estados, y cubierto de árboles, donde hacían los indios muchos sacrificios de sangre. Es muy honda, clara, llena de buenos peces, ancha más de cien pasadas. Entran en este río Quíyotepec, Vivilla, Chimantlán, Cuauhcuezpaltepec, Tuztlán, Teyuciyocán, y otros menores ríos, que todos llevan oro. Cae á la mar por tres canales, uno de arena, otro de lama, otro de peña. Corre por buena tierra, tiene gentil ribera, y hace grandes esteros con sus muchas y ordinarias crecidas. Uno de ellos está entre Olatitlán y Cuauhcuezpaltepec, dos buenos pueblos. Bulle de peces aquel estero ó laguna. Hay muchos sábalos del tamaño de toñinas, muchas sierpes, que llaman en las islas iguanas, y en esta tierra cuauhcuezpaltepec. Parece lagarto de los muy pintados, tiene

la cabeza chica y redonda, el cuerpo gordo, el cerro erizado con cerdas, la cola larga, delgada, y que la tuerce y arrolla como galgo; cuatro pedazuelos de á cuatro dedos, y con uñas de ave; los dientes agudos, mas no muerde, aunque hace ruido con ellos; el color es pardo, sufre mucho la hambre, pone huevos como gallina, que tienen yema y clara y cáscara; son pequeños y redondos, y buenos de comer. La carne sabe á conejo, y es mejor. Cómenla en cuaresma por pescado, y en carnal por carne, diciendo ser de dos elementos, y por consiguiente, de entrambos tiempos. Es dañosa para bubosos. Salen estos animales del agua, y suben á los árboles y andan por tierra. Asombran á quien los mira, aunque los conozca: tan fiera catadura tienen. Engordan mucho fregándoles la barriga en arena, que es nuevo secreto. Hay también manatis, tortugas, y otros peces muy grandes que acá no conocemos; tiburones y lobos marinos, que salen á tierra á dormir y roncan muy recio. Paren las hembras cada dos lobos y críanlos con leche, ca tienen dos tetas al pecho entre los brazos. Hay perpetua enemiga entre los tiburones y lobos marinos, y pelean reciamente, el tiburón por comer y el lobo por no ser comido. Empero siempre son muchos tiburones para un lobo. Hay muchas aves pequeñas y grandes, de nuevo color y talle para nosotros. Patos negros con alas blancas, que se precian mucho para pluma, y que se vende cada uno, en la tierra donde no los hay, por un esclavo. Garceas blancas, muy estimadas para plumajes. Otras aves que llaman teuquechul ó avedios, como gallos, de que hacen ricas cosas con oro; y si la obra de esta pluma fuese durable, no había más que pedir. Hay unas aves como torcazas, blancas y pardas, que parecen ánades en el pico, y que tienen un pie de pata y otro de uñas como gavián; y así, pescan nadando y cazan volando. Andan también por allí muchas aves de rapiña, como decir gavilanes, azores y halcones de diversas maneras, que se ceban y mantienen de las mansas. Cuervos marinos que pescan á ma-

ravilla, y unas que parecen cigüeñas en el cuello y pico, sino que lo tienen mucho más largo y extraño. Hay muchos alcatraces y de muchos colores, que se sustentan de peces: son como ansarones en el tamaño, y en el pico, que será dos palmos; y no mandan el de arriba, sino el bajero. Tienen un papo desde el pico al pecho, en que meten y engullen diez libras de peces y un cántaro de agua. Tórnan fácilmente lo que comen. Oí decir que se tragó uno de estos pájaros un negrillo de pocos meses nacido; mas no pudo volar con él; y así, lo tomaron. Al rededor de aquella laguna se crían infinitas liebres, conejos, monillos ó gatillos de muchos tamaños; puercos, venados, leones y tigres, y un animal dicho aiotochtli, no mayor que el gato; el cual tiene rostro de anadón, pies de puerco espín ó erizo, y cola larga. Está cubierto de conchas, que se encogen como escarcelas, donde se mete como galápago, y que parecen mucho cubiertas de caballo. Tiene cubierta la cola de conchuelas, y la cabeza de una testera de lo mismo, quedando fuera las orejas. Es, en fin, ni más ni menos que caballo encubertado, y por eso lo llaman españoles el encubertado ó el armado, y los indios aiotochtli, que suena conejo de calabaza.

El buen recogimiento que Cortés halló en San Juan de Ulúa

Embarcados que fueron, hicieron vela y navegaron al poniente lo más junto á tierra que pudieron; tanto, que veían muy bien la gente que andaba por la costa; la cual, como es sin puertos, no hallaron dónde poder surgir seguramente con navios gruesos hasta el jüves Santo, que llegaron á San Juan de Ulúa, que les pareció puerto, al cual los naturales de allí llaman Chalchicoeca. Allí paró la flota y echó anclas. Apenas fueron surtos, cuando luego vinieron dos acalles, que son como las canoas, en busca